

táculo brillante; esa sangría interior que el común de los mortales ignora. De ahí que César Leante, en aquel entonces guionista radiofónico, y unos amigos no consiguieran sacarle nada literario cuando se colaron en su casa. Fueron bien atendidos mientras admiraban ese templo que ya era un museo: trofeos de caza, diversos recuerdos y libros. Muchos libros, hasta en el cuarto de baño, apenas dejando resquicio para que se vieran las paredes. Además de los cuadros, entre ellos un «Miró»; todo husmeado y vigilado por los gatos, los alevines de tigre que merodeaban hasta en las varillas de la máquina de escribir.

El suicidio de Hemingway acaso fuera colofón de un mundo marcado por la violencia. Una violencia que emergía calladamente del centro de un hombre que había estado en la primera Guerra Mundial, sufrió la Civil española y luchaba, como tantos, con el conflicto que es la fiesta de los toros. Violencia, tragedia que tenía su contrapunto en una ternura que solamente se puede llegar a tener para escribir enormes poemas como *El viejo y el mar*.

Entre dos silencios. Silvia Eugenia Castellero. Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 1992

El milagro de la creación literaria es el tema de este pequeño pero inmenso libro de la escritora mexicana Silvia Eugenia Castellero. En apenas 62 páginas, la autora baja y sube, se aleja y adentra, muere y resucita... Algo que se podría denominar manual para escritores y que Castellero subtítulo *La poesía como experiencia*, serviría de acercamiento, de espejo, para todo aquel cuyo mundo sea el arte en cualquiera de sus dimensiones o manifestaciones. Padecer, iluminarse por dentro, ser presa de la angustia en el comercio con las palabras (la expresión es de Félix Grande) no sólo es problema del poeta sino del pintor y hasta del fotógrafo. De cualquier fotógrafo. Porque en su nobleza, Castellero llega a encontrar encarnación artística hasta en una fotografía mal tomada, por lo de trascendente del momento para quien toma la instantánea y para quien es retratado.

Los talleres literarios son objeto de diversas críticas por lo peculiar de la materia a trabajar. La literatura tiende a ser oficio de solitarios, de aislados y sujetos a una especulación interior. Diferente a lo que pueda

prestarse otro tipo de elaboración verbal como la filosofía. El escritor nace pero se hace leyendo y escribiendo; es la frase y fórmula más usada y gastada. Las escuelas de letras, como la que actualmente funciona en Madrid, no han tenido demasiada suerte en la historia y sí calificativos desdeñosos: «sacapelas» le dicen las malas lenguas a la que dirige Alejandro Gándara. No obstante, Castellero nos trae una experiencia positiva del taller literario en este libro que no es más que un recorrido por ese aprendizaje a todas luces enriquecedor. El caos que antecede al poema, eso que no ha cuajado como tal, ese maremágnum en que habitan las palabras, y la labor desbrozada del poeta fue el objeto del trabajo en conjunto y programado de un grupo de escritores. Silvia Castellero, profesora de literatura, tomó por un lado muy distinto el estudio de la materia, alejándose por completo de lo que se hace en las facultades de filosofía y letras. El oficio de desnudar la voz interior, de pulir la palabra o grupo de ellas para llevarlas a una coherencia y armonía musical, literaria, se transformó en tarea cotidiana y rutinaria en un taller. De la misma manera como en uno de escultura se toma un trozo de mármol, y a base de martillo y cincel y de fuego que brota del alma, aquella piedra sonríe o llora, se desespera o canta.

En el misticismo de San Juan de la Cruz ve Castellero la muerte diaria del artista para que las cosas nazcan. En cómo las formas sensibles llaman a la puerta de nuestro ser y, sin pedir permiso, se adentran buscando esencia. En el caso del oscuro monje español esa esencia no es más que el amor a Dios, el más grande de los amores que se pueden llegar a sentir, a decir de Erich Fromm. Amar a Dios es un negocio con la nada, pues todo amor espera ser correspondido, implica recibir algo a cambio, mientras que el que se siente por Dios es un viaje de sólo ida. Ese padecimiento en San Juan de la Cruz es un descenso dentro de sí mismo, en busca de una voz secreta, profunda, limpia de cualquier contemplación prosaica, humana. Perfectamente poética.

El pájaro parado. Jorge Rodríguez Padrón. Ediciones del tapir, Madrid, 1991

El ejercicio de dar cuerpo, forma, esencia, a las palabras es lo más exigido en la labor poética. Cazar de en-

tre la inasible frondosidad de lo misterioso una idea, o la imagen de un sentimiento, y someterla, domesticarla, a la pobreza estructural de la palabra no puede ser otra cosa que disputarle a Dios el predominio de la creación, de la invención de la magia.

Lo anterior es, no exclusivamente en síntesis ni mucho menos en su sabia exactitud, el pronunciamiento de Emilio Adolfo Wesphalen del acto creativo, o de su iniciación. La palabra como futuro contenido de ese luminoso recipiente que va a ser el poema. El poeta como eremita, como asceta que necesita liberarse de la impureza del prosaísmo, padeciendo el martirio de su afortunado llamando y clamando por una elección que acaso lo sitúe en el Olimpo nunca deseado. Quizás ese deseo, esa ansia inconfesable se reprima ante el temor, y por qué no el pudor, de no dar la talla en la posteridad, tiene un tiempo infinito. Su punto de arranque no puede empezar con la vulgaridad de la fecha de la muerte del poeta o con la decisión de no escribir más. Jamás se sabrá cuándo la medida esté colmada, si la autenticidad, la legitimidad, se han convertido en dioses protectores o en justos jueces de la atribulación.

Rodríguez Padrón hurga, se sumerge, se instala, como nadie en una de las poéticas más enigmáticas, difíciles, de lo escrito en castellano en los últimos tiempos. Hay que empezar reconociendo que la lira de Wesphalen no es fácil, que puede prestarse al abandono por parte del gran público. Si ya la poesía, la servidumbre de leerla, exige un recogimiento especial por parte de quien tiene que convertirse en cómplice del autor, la obra del peruano no es susceptible de una devoción distinta.

La autonomía que tiene el lenguaje sobre la tarea del autor, es uno de los muchísimos puntos que Rodríguez Padrón presenta como coordenadas de la poética del limeño. Un hombre que, a tenor de ciertas opiniones, tuvo que superar las características de un mestizaje hasta cierto punto incómodo: sus orígenes europeos, tres costados, en un ambiente predominantemente mestizo, tirando a aborígen. Habría que confrontar mucho esta aseveración. No creo que sea motivo suficiente para negar la perfecta y auténtica peruanidad de Wesphalen, entusiasta, fervoroso servidor del idioma.

Creación y egocentrismo en la obra de Sarmiento. Juan P. Esteve. Editorial Pliegos, Madrid, 1991

La figura de Domingo Faustino Sarmiento es paradigmática del prohombre hispanoamericano nada más producirse la Independencia. En aquellos tiempos, segunda década del XIX, aún no existe una clase política *strictu sensu*. (Aún no la hay en muchos países y en grandes períodos de la historia del subcontinente no la ha habido). El político, o el aspirante a ello, lo es todo: escritor, con preeminencia de los poetas, militar, diplomático, comerciante, industrial, docente. En la mayoría de los casos las facetas aparecen revueltas y cuesta localizar la verdadera con la que se presenta el personaje.

Juan P. Esteve, profesor de lengua y literatura españolas en EE.UU., logra un retrato bastante amplio de la vida y obra del prócer argentino. El Sarmiento periodista, político y educador desfila a lo largo de sólo 120 páginas, sabiamente confrontado con la realidad de su tiempo: los incipientes años de las independencias y el proceso de formación de las naciones americanas. La peculiaridad de Argentina y de los demás países del llamado Cono Sur americano, en contraste con los otros del hemisferio, fue un permanente punto de atención y de referencia para Sarmiento. El hecho de que los territorios bañados por el Plata estuviesen al margen del mestizaje de otras latitudes, marcaban de manera especial a la Argentina en gestación. Se advierte en Sarmiento el afán por conservar esta peculiaridad racial animando a la inmigración europea. ¿Racismo? Sin duda. Pero no con la agresividad que podría suponerse y menos con la intención de hacer de Argentina una isla blanca en medio del subcontinente mestizo. Sarmiento era consciente de lo positivo que significarían unos países hispanoamericanos bien relacionados entre sí, ahora que eran independientes. Sabía de la fuerza de tener un idioma común, y de ahí por conservar la pureza del castellano aunque atendiendo a las peculiaridades locales. Su polémica le valió con Andrés Bello, el ilustre venezolano, modernizador de la gramática castellana y, como Sarmiento, polifacético en el quehacer de la América naciente.

En cuanto al egocentrismo sarmientiano, que es el fenómeno que ayuda a titular este libro, no es, a mi juicio, aspecto digno de resaltar en demasía. Sarmiento era un hombre vanidoso, según se dice, por problemas originados en la infancia. El tener que hacerse a sí mismo y lograr cuotas de intelectualidad y responsabilidad política, acaso hicieran que en el personaje surgiera cierto

aire petulante... como si esto fuera suficiente para descalificarle. Incluso se llegó a especular con una posible «locura» de Sarmiento, cierto desarreglo psicológico de donde provendría su vanidad. Freud ha demostrado que el *yo* tiene relación con la percepción, no siendo instintivo para nada. Es reflexivo y no pasional. Con lo que el egocentrismo sarmentiano es elaboración propia, intelectual, y no de «fábrica» defectuosa de la personalidad.

Norma lingüística sevillana y español de América. Manuel Alvar. ICI, Quinto Centenario, Madrid, 1992

Se ha dicho muchas veces que la empresa americana fue más un asunto de andaluces que de españoles. No sólo por la situación geográfica, sino porque el último reclamo de Sevilla como que andaluzaba a quienes se iban a embarcar para el Nuevo Mundo. La imagen que llevaban conquistadores y colonizadores era la de Sevilla, con independencia de que fuesen gallegos, vascos o castellanos. Por eso la repetición de la ciudad en tantas y tantas de América, aunque su nombre no esté muy a la par con el de Córdoba, Santafé o Santiago.

Incluso la estada en Canarias era una andalucinación, pues los primeros habitantes de las Afortunadas, que desplazaron o se mezclaron con los guanches, fueron sevillanos, gaditanos o jerezanos. Tuvieron que venir las generaciones de rigor, canarios criollos, para que el canario como tal fuese así inscrito y de igual forma pasara a América.

El castellano, en su progresivo viaje hacia el sur, se transformaría en un habla, por no decir un idioma, diferente al que naciera hace más de mil años y tomara sus primeros perfiles en San Millán de la Cogolla. Manuel Alvar se ha pasado toda una vida investigando el fenómeno, rastreando la conversión de la «ss» en una sola «s», la evolución de la «ll» en «y» y el decaimiento de la «j» en una «h» aspirada. La «o» y sus diversas entonaciones, si es tónica, cerrada o media y cómo se presenta al ir conformando singulares o plurales. Nasalizaciones de «n», articulaciones de ésta misma pero al final de las palabras, tratamientos de «s» ante una consonante velar, dental, lateral, nasal o palatal, son producto de un ingente estudio que recorre las vastas geografías de Guatemala y México, principalmente.

El seseo y el ceceo centran buena parte del estudio de Alvar y de cómo en Andalucía las cuatro sibilantes del español medieval («s», «ss», «ç», «z») han desembocado en un fonema único, «s». Su extensión hacia Canarias e Hispanoamérica es notoria, y en general en el uso de todo el idioma, hasta conformar las tres partes (acaso había que incluir a Extremadura o buena parte de ella) una unidad lingüística bien diferenciada del resto de la España castellana. Esta evolución, o degeneración, del idioma debe ser tenida en cuenta, tal y como lo hace Manuel Alvar con sus estudios, pues se trata del modo de hablarlo de la mayor parte por número de habitantes y extensión territorial. Y no es que el castellano puro, el de Valladolid, tenga que tenerse a menos, como en una reserva lingüística; todo lo contrario. Es al idioma que tan bien se habla en Castilla la Vieja y en el País Vasco al que hay que referirse en busca de las fuentes puras y precisas. Una y otra vertiente, sin menoscabo de ninguna, en esta gran y dolorida empresa de hablar bien el idioma.

Miguel Manrique

70 Poemas de 35 años. Rodolfo Alonso. Ediciones de la Aguja, Buenos Aires, 1993, 96 páginas

Ha seleccionado Rodolfo Alonso para esta antología composiciones de trece libros suyos que marcan un itinerario lírico en el que, además de la persistencia a lo largo de más de tres décadas, se nota la consolidación de un estilo muy personal que Fernand Verhesen, en entusiastas palabras preliminares, caracteriza como surgido de la «existencia misma», concretado en un lenguaje clarificador. El poema «Ni príncipe ni mendigo» es expresión acabada, es declaración suficiente de la profunda aspiración del poeta que, respecto al lenguaje que se atreve a usar («estas palabras que oso», «estas palabras que uso»), dice en difinitiva: «Estas palabras que aman», y asigna así al resultado de su poetizar tal virtud activa netamente humana.

La composición titulada «Tierra redonda», tomada del primer poemario, pone ya en acción al protagonista de